

## Cinco años de obispo

El 9 de enero de 2005 fui consagrado obispo en el monasterio de Veruela. Este 9 de enero se cumplen cinco años de aquel acontecimiento que ha marcado mi vida y la vida de la diócesis de Tarazona, a la que he sido destinado por el Papa, sucesor de Pedro, que preside el colegio episcopal. Os invito a dar gracias a Dios conmigo por esta gracia inmensa, que me configura con Jesucristo sacerdote, buen pastor, cabeza y esposo de su Iglesia.

El obispo no es elegido por la comunidad, sino que es llamado en la Iglesia por la autoridad apostólica, por el Papa, vicario de Cristo en la tierra, para ser incorporado al colegio episcopal y presidir una diócesis concreta. Yo no he llegado a Tarazona por créditos acumulados ni como resultado de un plebiscito. Cuando visito las aulas de los colegios y de las escuelas, una pregunta frecuente de los niños es cómo has llegado a ser obispo. –Porque me han llamado, respondo. ¿Quién te ha llamado? –El Papa. Y en el Papa veo a Cristo, que llamó a cada uno de los Apóstoles. «Llamó a los que él quiso...» (Mc 3,13).

Y es así. La Iglesia de Cristo tiene en el sucesor de Pedro el principio y fundamento de unidad de toda la Iglesia, de la Iglesia universal. Es el Papa el que establece quién ha de presidir cada diócesis en el nombre del Señor. A veces, por la tele y los periódicos, conocemos revueltas contra el obispo, grupos de presión, que miran a la Iglesia como el resultado de sus propias intrigas. Eso siempre hiere la unidad y la comunión en la Iglesia, que es un misterio de fe. Y hoy no estamos para estas hemorragias. No suceda esto nunca entre vosotros, queridos fieles de Tarazona. Vosotros siempre con el obispo, si queréis ser católicos. Vosotros siempre con el Papa.

En estos cinco años he podido llegar a todas las parroquias de la diócesis, en las que los sacerdotes hacen presente a Cristo buen pastor. A ellos mi profunda gratitud, por llevar adelante una tarea pastoral que les ha encomendado el obispo. Tampoco los presbíteros son elegidos por la comunidad, sino llamados por Cristo y consagrados por el obispo para el servicio del pueblo santo de Dios. El presbítero promete obediencia y respeto al obispo, como señal de identidad de su sacerdocio católico. En este Año sacerdotal, hemos de dar gracias a Dios por

tener sacerdotes que nos celebran los santos misterios, la Eucaristía y el perdón en el sacramento de la Penitencia, al estilo del santo Cura de Ars. Que el Año sacerdotal nos traiga vocaciones al sacerdocio originadas en nuestras familias y nuestras parroquias, como signo elocuente de vitalidad eclesial.

En estos cinco años he conocido de cerca a multitud de fieles cristianos que viven su fe en nuestros pueblos y ciudades. La Visita pastoral me ha dado oportunidad para ello, y disfruto mucho en ese contacto directo con nuestras gentes. Una fe recia, que se mantiene firme a pesar del vendaval del laicismo que pretende eliminar toda huella de Dios y amenaza con secarlo todo. Aquí tenemos todos un reto importante, el de transmitir la belleza y el gozo de la fe y de la vida cristiana a los más jóvenes.

Cuento con la oración de las monjas contemplativas en los siete monasterios de nuestra diócesis. Agradezco la gran labor que realizan las religiosas de vida apostólica entre nosotros, enriqueciendo la diócesis con sus carismas. En esta fiesta del Bautismo del Señor, con la que concluye el tiempo de Navidad, doy gracias a Dios y le pido humildemente que me conceda fidelidad inquebrantable a la misión encomendada, amor apasionado a la Iglesia, como se quiere a una esposa de juventud, capacidad de cercanía y transparencia de Cristo, siervo de todos. Pedidlo al Señor para vuestro obispo en este día y siempre.

Con mi afecto y bendición:

**+Monseñor Demetrio Fernández**